

to enteramente cristiano, no ha dejado de describir una Idalia y un templo del Amor.

x.—Pág. 69. Y cuando tu madre te dió á luz en medio de los laureles y de las cintas.

Se cubría el lecho de las mujeres recién paridas con flores, laureles, infulas, y otros diversos presentes.

xi.—Pág. 69. ¿No podría ser tu esposa sin abrazar la fe?..

Idea muy natural en Demodoco. La respuesta de Eudoro es de un verdadero cristiano: si se ha mostrado débil en cuanto al peligro que amenazaba la vida de Cimodocia, el heroísmo cristiano vuelve á aparecer aquí; porque Eudoro, que no tiene fuerza para esponer la existencia de una mujer amada, se siente con gran valor para renunciar el amor de esta mujer. Este trozo bastaría para quitar toda duda sobre el efecto religioso de la obra, y los principios que la han dictado. Así lo ha observado el autor del excelente escrito que he citado varias veces.

xii.—Pág. 69. Jura por el lecho de hierro de las Euménidas, que tu hija pasará á su tálamo.

Este es todo el nudo de los Mártires, y el que los críticos ilustrados hubieran buscado en otro tiempo para aplaudir ó criticar la obra; pero no hubieran ido á meterse en si es una triste epopeya en prosa, en lo maravilloso cristiano y otras críticas semejantes, que cuando mas, denotan un entendimiento vulgar.

Este pasaje, y la esposición del primer libro, destruyen absolutamente la crítica de los que se enternecen por la suerte de Demodoco y de Cimodocia, para que reaga lo odioso sobre los cristianos. No son los cristianos los que han causado la desgracia de esta familia gentil; el sacerdote de Homero y su hija hubieran sido mucho mas desgraciados por Héroeles, que lo son efectivamente por Eudoro; y debe observarse además que su desgracia había ya principiado antes de que hubiesen conocido al hijo de Lasténes. Supongamos por un momento que el prefecto de la Acaya logra robar á Cimodocia, que repele los esfuerzos de Demodoco, que lo hace apresar ó darle muerte, en virtud de las órdenes de un hombre tan poderoso y perverso como él, y que Cimodocia se ve por lo tanto obligada ó á matarse ó á pasar su vida en el baldón y el llanto; y tendremos una fiel pintura de lo que hubieran padecido estos desdichados, si no hubiesen encontrado á los cristianos. Conviene observar que yo raciono aquí *humanamente*: porque hablando con referencia al asunto de mi obra y según mi opinión, nunca Cimodocia y Demodoco pudieran comprar muy cara la felicidad de abrazar la verdadera religion.

xiii.—Pág. 69. Que me confiais.

En las ediciones precedentes se decía: «Que confiais á Jesucristo;» lo que era muy natural, porque los cristianos debían hablar de Jesucristo á los gentiles, así como los gentiles les hablaban de Júpiter. Pero en fin, ya que se ha querido oscurecer una cosa tan clara, he borrado el nombre de Jesucristo, y he suprimido también los dos renglones en que se trataba de la montaña de Nebo, lo que no tenía nada de particular, pues Eudoro hablaba en este momento con Lasténes; circunstancia de que no hace mérito la crítica, que por otra parte rebosa *buen fe y candor*.

xiv.—Pág. 69. Los pastores de Evandro:

Ya se sabe que Evandro reinó en la Arcadia. (Véase el principio del libro IV.)

xv.—Pág. 70. Pero la gentil apostura que el hijo de Lasténes...

No era, pues, inútil el presentar á Eudoro con todo el prestigio de su triunfo, por lo tanto era necesaria su narración. Sin todos estos timbres, sin este crédito adquirido por medio de gloriosos servicios, no podía existir la obra; porque en este caso se pintaba á Eudoro como muy fácil de dejarse oprimir, y su lucha con Héroeles venía á ser tan loca como inverosímil.

xvi.—Pág. 70. Hubiérasele tomado por Tiresias, ó por el adivino Amfiarao, pronto á bajar vivo á los infiernos con sus armas blancas...

Ipsé habitu niveus: nivei dant colla iugales:

Con color est albis et cassis et infula cristis.

STAT., THEB., VI.

.....Ecoe alte præceps humus ore profundo
Dissili, inque vicem timuerunt sidera et umbræ.
Illum ingens haurit specus, et transire parentes
Mergit equos.

Id., THEB., VII.

LIBRO DECIMOCUARTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 70. A la entrada del Hermeo...

Llaman Hermeo en Grecia á ciertos desfiladeros de montañas en donde colocaban estatuas de Mercurio. Había muchos Hermeos que conducían de la Mesenia á la Laconia y á la Arcadia; el Hermeo que sigue Demodoco, es el que yo mismo he atravesado.

ii.—Pág. 71. Oculta entre las retamas medio abrazadas, la importuna cigarra hacia oír su monótono canto...

Véase aquí un pasaje de mi itinerario.

Camino de la Mesenia á Tripolitza.—Después de tres horas de camino, salimos del Hermeo, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino, entre Perusa y Terni; entramos en una llanura cultivada que se estiende hasta Leontari, y nos encontramos en la Arcadia en las fronteras de la Laconia. Generalmente se cree que Leontari no es Megalópolis... Dejando á Teontari á la derecha, atravesamos un bosque de encinas viejas, resto venerable de una selva sagrada, y vimos salir por el monte Boreas, el sol mas hermoso que jamás habíamos visto. Echamos pié á tierra luego que bajamos por la montaña, y trepamos en seguida por un camino cortado perpendicularmente en la roca, y al que llaman en la Arcadia camino de Escalera.... Estábamos ya inmediatos á una de las fuentes de Alfeo, é iba mirando con la vista los barrancos y precipicios profundos que hallábamos á nuestro paso: todo en aquel paraje presentaba la mayor aridez. El camino que conduce del Boreas á Tripolitza atraviesa unas llanuras desiertas, y entra después en un largo valle de piedras donde el sol nos devoraba. Las cigarras escondidas debajo de algunas matas abrazadas, únicos arbustos que se descubrían en aquel sitio interrumpían su canto al acercarnos á ellas, y lo comenzaban de nuevo luego que habíamos pasado; nada por otra parte turbaba el silencio de aquellas soledades, mas que este canto monótono, el paso de nuestros caballos y la canción de nuestro guía. Siempre que un postillon griego monta á caballo, empieza á entonar una canción, y con la misma continua el resto del camino. Por lo comun suele ser un largo romance rimado, lo que embelesa el oído y distrae de sus penas á los descendientes de Lino. Páreceme que estoy oyendo todavía la cantinela de mis desgraciados guías; de día, de noche, al salir y ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las márgenes del Eurotas, en los desiertos de Argos, de Corinto, de Megara; hermosos lugares en que ya no resuena la voz de las Bacantes, en que los conciertos de las Musas han cesado, y en que el griego desventurado parece llorar en tristes endechas las desgracias de su patria.

... Soli periti cantare
Arcades!

iii.—Pág. 71. Por este camino huyó Licisco...

En la primera guerra de Mesenia, prometió el oráculo la victoria á los mesenios, si sacrificaban una doncella de la sangre de Epito. Muchas eran las doncellas que había de esta familia, y echando suertes, cupo á la hija de Licisco; pero anteponiendo este su hijo á su país, se fugó con ella á Esparta. En esto se presenta Aristodemo, y ofrece voluntariamente su hijo para reemplazar á la de Licisco. La hija de Aristodemo estaba prometida en matrimonio á un joven, quien para salvarla, pretendió que ya tenía en ella los derechos de esposo, y que ella llevaba en su seno el fruto de su amor. Al oír esto, Aristodemo clavó un puñal en las entrañas de su hijo, las abrió, y probó á los mesenios que ella era digna de dar la victoria á la patria.

iv.—Pág. 71. Y empieza á bajar hacia Pilano...

Esta geografía es del todo diferente de lo que era en las primeras ediciones. La exactitud que yo observo me había

hecho caer en una falta singular. Yo no había querido hacer recorrer á Demodoco mas que el camino que yo había seguido: pero como yo fui desde luego á Tripolitza, en el valle de Tejeo, y volví en seguida á Esparta, no eché de ver que Demodoco se desviaba unas treinta leguas de su verdadero camino. Hacerle llegar á Esparta por el monte Tornax era muy extraño, y esto es lo que la crítica no ha visto, aunque ha declarado documentalmente que el sepulcro de Ovidio se hallaba á la otra parte del Danubio. En cuanto á los monumentos que se van encontrando en el camino actual de Demodoco, se puede consultar á Pausanias, in *Lacon.* lib. III, cap. XX y XXI.

v.—Pág. 71. Las cordilleras del Tajeto.

Yo soy, según creo, el primer autor moderno que ha dado la descripción de la Laconia, después de haber visitado por sí mismo los lugares; por lo tanto puedo responder de la fidelidad del cuadro. Guillet no nos ha dejado bajo el nombre de su hermano La Guilletière, mas que una novela, según lo ha probado Spon. Vernhum, compañero de Wheler, había visitado á Esparta, pero se estiende muy poco sobre ella en su carta impresa entre las Memorias de la Academia real de Londres. Mr. Fauvel me ha dicho que ha hecho dos ó tres viajes á la Laconia, mas nada ha publicado todavía. Mr. Pouqueville, excelente en todo lo que ha visto con sus ojos, parece no ha tenido sobre Esparta mas que noticias inexactas. Wheler, Spon y d'Anville dijeron que Esparta no es Misitra, y no obstante se han obstinado en ver á Lacedemonia en esta última ciudad, siguiendo en esto el parecer de Guillet, de Neger y de Ortelio. Misitra se halla á dos leguas del Eurotas, lo que bastaría para cortar la disputa, si esto pudiese dar ocasión á que la hubiera. Las ruinas de Esparta están en Magoula muy inmediatas al río; y d'Anville las ha designado muy bien bajo el nombre de Palæochori, ó ciudad vieja. Pueden conocerse fácilmente, y ocupan una grande estension de terreno. Pero lo mas increíble es que la Guilletière habla de Magoula sin atinar en que está hablando de Esparta.

vi.—Pág. 71. Aquella misma noche dió principio Cirilo á la instrucción...

Este libro contiene tal vez en si cierta gravedad que contrasta con la descripción mas brillante de Atenas, y que recuerda naturalmente al lector la rígida Lacedemonia. Me ha parecido que se vería con algun placer el nacimiento del Cristianismo en Esparta, y á la ley evangélica reemplazar las leyes de Licurgo.

vii.—Pág. 72. ¿Qué puedes contra la Cruz?

Con esta palabra se ve que este demonio solitario no había asistido á la deliberación del infierno.

viii.—Pág. 74. En los dos grados de oyenta y de postulante.

Por los diferentes grados de catecúmenos, y por las diferentes órdenes del clero, de las viudas, de las diaconisas, etc. (Véase FLEURY, *Cost. de los cristianos*.)

ix.—Pág. 74. Es la hija de Pindaro, coronada con las flores del Platanista...

Las hijas de Esparta cogieron las flores con que formaron la corona nupcial de Helena. (Véase á TRICARRO.)

x.—Pág. 74. Cerca del Lesche, y no lejos de los sepulcros de los reyes Agidas.

«Los sepulcros de los reyes Agidas se hallan en un barrio de la ciudad llamado el Teomélido. El Lesque está tocando á estos sepulcros, y los Crotones se juntan en el Lesque.» (PAUSAN., lib. III, cap. XIV.) Los crotones formaban una de las cohortes de la infantería lacedemonia.

Había en Esparta otro segundo Lesque, conocido con el nombre de Peclio, en razon de los cuadros ó pinturas que se veían en él.

Los reyes Agides eran descendientes de Agis hijo de Euristénes, y sobrino de Prócles, dos hermanos gemelos en quienes tienen principio las dos familias que reinaban juntas en Esparta.

xi.—Pág. 74. Separada de todo monumento profano...

El citar autoridades para lo relativo á las iglesias y cere-

monias de la Iglesia primitiva, sería una repetición de mi texto; basta que sepa el lector que todo esto es una pintura fiel y que puede consultar á Fleury, *Cost. de los crist.*, e *Hist. Eccles.*

xii.—Pág. 74. Sus túnicas entreabiertas...

El traje de las mujeres de Esparta estaba abierto desde las rodillas hasta la cintura. Queriendo Licurgo violentar la naturaleza, hizo al cabo de las lacedemonias las mujeres mas impúdicas de la Grecia.

xiii.—Pág. 74. En las fiestas de Baco ó de Iacinto.

Estas fiestas se celebraban en Amiclea con mucha pompa: duraban tres días; los dos primeros estaban consagrados á las lágrimas, y el tercero á los regocijos.

xiv.—Pág. 74. La doblez, la crueldad, la ferocidad materna...

El robo y el disimulo eran tenidos en Esparta por virtudes, y por lo tanto enseñaban á los niños á robar. No se ignora á lo que se reducía la cripta, ó la caza de esclavos usada por ellos: se sabe también que las lacedemonias se alegraban de la muerte de sus hijos, á quienes animaban á partir para la guerra.

xv.—Pág. 74. El lector subió á la tribuna.

El lector era un diácono ú subdiácono, y era el que hacía la lectura. La tribuna de que aquí se trata se llamaba *Ambon*.

xvi.—Pág. 75. Habitantes de Lacedemonia, tiempo es de que os recuerde la alianza que os une con Sion.

Puede verse todo este pasaje en el libro de los *Macabeos*.

xvii.—Pág. 75. Entre todos los pueblos de Javan, etc.

Javan, en la Escritura, es la Grecia propiamente dicha. Setim es la Macedonia; y Elisa la Elida ó el Peloponeso.

xviii.—Pág. 75. ¡Ah! ¡Cuánto sería de temer...

«Timeo cervicem, ne margaritarum et smaragdorum laqueis occupata, locum spathe non det.» (TERTUL., *de Cultu fem.*)

xix.—Pág. 75. Para el cristiano...

«Auferamus carceris nomen, secessum vocemus. Est corpus includitur, etsi caro detinetur, omnia spiritui patient. Vagare spiritu, spatium spiritu, et non stadia opaca aut porticus longas proponens tibi, sed illam viam quæ ad Deum ducit. Quotiens eam spiritu deambulaveris, totiens in carcere non eris. Nihil crux sentit in nervo, cum animus in celo est. Totum hominem animus circumfert, et quo velit transfert.» (TERTUL., *ad Martyr.*)

xx.—Pág. 75. Abrense las puertas de la iglesia, y oyóse fuera una voz...

«Aquellos á quienes estaba prescrito hacer penitencia pública, venían el primer día de cuaresma á presentarse en la puerta de la iglesia con vestidos pobres, sucios y desgarrados... Dentro de la iglesia recibían de mano del prelado ceniza en la cabeza y cilicios para cubrirse; en seguida permanecían postrados, mientras que el prelado, el clero y todo el pueblo oraban de rodillas por ellos. Después les hacía el prelado una exhortación, en la que les advertía que iba á echarlos por algun tiempo de la iglesia, como Dios echó á Adán del Paraíso por su pecado; les alentaba y los animaba al trabajo, con la esperanza de merecer la misericordia de Dios. En seguida, los ponía, en efecto fuera de la iglesia, y se cerraban inmediatamente las puertas tras ellos.» (FLEURY, *Cost. de los Crist.*)

xxi.—Pág. 75. Como el lirio entre espinas...

Este canto está sacado del Cántico de Salomón. El canto gentil que sigue es una imitación del epitalamio de Manlio y de Julia, hecho por Cátulo. Estos no son objetos de comparación, sino bellezas de un género diferente. Las imágenes orientales se prestan con facilidad á la parodia; y Voltaire se ha divertido con el Cántico de los Cánticos. Basta

omitir algunas pinceladas que ofenden nuestro gusto para hacer de esta elegía mística lo que ella es en sí, esto es, una obra maestra de pasión y de poesía. Por lo demás, estas dos imitaciones están muy abreviadas en la presente edición.

XXII.—Pág. 76. El sepulcro de Leónidas.

Los huesos de Leónidas fueron traídos de las Termópilas cuarenta años después de la famosa batalla, y enterrados bajo el anfiteatro, detrás de la ciudadela, en Esparta. Yo he buscado por mucho tiempo este sepulcro con la obra de Pausanias en la mano, y solo he encontrado en este sitio seis grandes monumentos casi del todo arruinados, á los cuales preguntaba inútilmente sobre las cenizas del vencedor de los persas. Un silencio profundo reinaba en aquel desierto: la tierra estaba cubierta á grandísima distancia con los escombros de Lacedemonia, y yo andaba vagando de una en otra ruina, acompañado de un genizaro. Nosotros éramos los dos únicos vivientes que aparecían allí en medio de tantos ruinosos muros; ambos éramos bárbaros, y extraños uno á otro, tanto como lo éramos también para la Grecia: salidos de las selvas de las Galias, y de las rocas del Cáucaso, nos habíamos encontrado en el interior del Peloponneso, yo para pasar, y él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

XXIII.—Pág. 76. Cimodocea... no puede permanecer en la Grecia...

Así la separación de los dos esposos, y el viaje de Cimodocea á Jerusalem, están bastante fundados. Cimodocea es ya casi cristiana, y casi esposa de Eudoro; por otra parte los cristianos están próximos á ser juzgados. Se ve que en cada libro da un paso más la acción.

XXIV.—Pág. 76. Con un rayo.

«Transierunt omnia illa tanquam umbra et tanquam nuntius percurrentis» (Sap., cap. V, v. 7)

LIBRO DECIMO QUINTO.

Este libro no tiene necesidad esencial de notas, fuera de estos dos puntos: 1.º Pisto era en efecto obispo de Atenas en la época de que hablo, y se halló en el concilio de Nicea; 2.º hay muchos anacronismos con respecto á Juliano y á los grandes hombres de la Iglesia, que yo represento en el jardín de Platon. He hecho en este libro algunas correcciones de estilo, he suprimido algunas frases, etc., etc. Reemplazaré las notas de este libro con un largo trozo de mi *Itinerario*, el cual servirá de comentario al viaje de Eudoro.

NOTA PRIMERA.—Pág. 77. Marchaba hacia Argos por el camino de la montaña...

De Esparta á Argos hay dos caminos el uno pasa por el valle de Tejeo, y el otro va atravesando las montañas que circuyen el golfo de Argos. Yo he seguido este último, y este es tan bien el que he hecho tomar á Eudoro. Antes de citar mi *Itinerario*, debo observar que Argos estaba ya casi arruinada en tiempo de Pausanias; y era tan pobre, en el reinado de Juliano el Apóstata, que no pudo contribuir á los gastos y restablecimiento de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, cuyo singular monumento literario hemos conservado entre las obras de este emperador (Epist. XXV.) Argos, patria del rey de los reyes, pasó á ser en la edad media la herencia de una viuda veneciana, y fue vendida por esta viuda á la república de Venecia en doscientos ducados de renta vitalicia, y quinientos pagados por una sola vez. Coronelli trae este contrato. Véase el paradero de la gloria!

Itinerario.—Desde las ruinas de Esparta parti para Argos sin volver á Misitra. Habíame despedido de Ibrahim Bey, y me separaba sin sentimiento de Lacedemonia; no obstante no podía dispensarme de aquella tristeza que se experimenta en presencia de una gran ruina, y cuando uno se separa de unos sitios que no volverá á ver jamás. El camino que va de la Laconia á la Argólida era en la antigüedad el mismo que es en el día, esto es, uno de los más ásperos y quebrados de la Grecia. Atravesamos el Eurotas á la entrada de la noche por el paraje mismo en que lo habíamos ya pasado viniendo de Tripolitza, y en seguida volviendo hacia levante, entramos por unas gargantas de montañas. Nosotros caminábamos con bastante rapidez por en medio de los preci-

pios y de las ramas de los árboles que nos obligaban á tendernos sobre el cuello de los caballos para no lastimarnos; no obstante esta precaución, me di tan fuerte golpe en la cabeza con una de estas ramas, que caí sin conocimiento á diez pasos de distancia; y como mi caballo seguía siempre su galope, no fue observada mi caída por los compañeros de viaje que iban delante de mí, hasta pasado algún tiempo: reparan estos mi falta, vienen a mí, y sus gritos me hicieron volver de mi desmayo.

«A la una de la madrugada llegamos á la cima de una montaña muy alta, en donde dejamos descansar nuestros caballos, y el frío que sentimos era tan vivo, que nos vimos forzados á encender fuego con el ramaje que por allí había. No sé que nombre pueda darse á este paraje tan poco célebre de la antigüedad, pero debíamos hallarnos cerca de las fuentes de Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

«Llegamos á las dos de la mañana á un lugar bastante crecido llamado San Pedro, y muy cerca del mar, y vimos que no se hablaba allí mas que de un acontecimiento trágico que se apresuraron á contarnos.

«Una niña de aquel lugar perdió á sus padres, y encontrándose dueña de una pequeña fortuna, la enviaron sus parientes á Constantinopla, en donde permaneció hasta la edad de diez y ocho, en cuya época se volvió á su pueblo. Era hermosa; hablaba el turco, el italiano y el francés; y cuando pasaban algunos extranjeros por San-Pedro, los recibía con una urbanidad tal que los del pueblo llegaron á sospechar de su virtud. Los principales de aquellos aldeanos se juntaron, y después de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una moza que les deshonraba el lugar. Para esto se proporcionaron la suma que está señalada en Turquía para el asesinato de una cristiana; y en seguida entraron durante la noche en la habitación de la joven, la asesinaron, y un hombre que esperaba la noticia de estar ya verificada la ejecución, fue á llevar al bajá el precio de la sangre. Lo que alarmaba á todos aquellos griegos de San-Pedro no era la atrocidad de la acción, sino la codicia del bajá; porque este, que encontraba también que la acción era bastante sencilla en sí, y que se allanaba á recibir la suma señalada por un asesinato ordinario, observaba no obstante que la hermosura, la juventud, la instrucción y los viajes de la huérfana le daban á él, como bajá de Morea, justos derechos para una indemnización. En consecuencia había enviado su señoría aquel día mismo á dos genizaros para exigir una nueva contribución al pueblo.

«Cambiamos de caballos en San-Pedro, y tomamos el camino de la antigua Cinusia. A eso de las tres de la tarde nos gritó el guía que íbamos á ser atacados: y en efecto, descubrimos á algunos hombres armados en la montaña, los cuales, después de habernos observado mucho tiempo, nos dejaron pasar tranquilos. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla del río, cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubriase la ciudadela de Argos, Nauplia en frente de nosotros, y las montañas de la Corintia hacia la parte de Micénas.

«Desde el punto en que nos hallábamos, faltaban todavía tres días de marcha para llegar á Argos, y era menester ir costeando el golfo, y atravesar la laguna Lerna, que estaba entre la ciudad y el lugar en que nos hallábamos entonces; pero llegó la noche, el guía se equivocó de camino, nos perdimos entre unos arrozales que estaban inundados, y nos tuvimos por muy felices en poder esperar el día sobre un montón de estiércol de ovejas, que fue el sitio menos húmedo y sucio que pudimos encontrar.

«Yo tendría algún derecho para quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues cogí en aquel lugar mal sano unas calenturas de las que no me ví libre enteramente hasta que llegué á Egipto.

«Al amanecer me encontraba ya en Argos. El pueblo que reemplaza ahora á aquella célebre ciudad es mas limpio y frecuentado que la mayor parte de los otros lugares de la Morea. Su situación es muy hermosa, y se halla en lo fondo del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar. Tiene por una parte las montañas de Cinuria y de la Arcadia, y por otra parte las alturas de Trecena y de Epidaurio.

«Pero sea que mi imaginación se hallase afligida con el recuerdo de las desgracias y de los furiosos de los Pelópidas; sea que realmente estuviere yo penetrado de la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, y las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes como en grandes virtudes. Visité allí los restos del palacio de Agamenon, los escombros del teatro y de un acueducto romano; subí á la ciudadela, y quería ver

hasta la menor piedra que había podido mover la mano del rey de los reyes.

«Quién puede alabarse de gozar de alguna gloria al lado de estas familias que han sido cantadas por Homero, por Esquilo, Sófocles, Eurípides y Racine? Y cuando uno vé cuán poco ha quedado de estas familias en aquellos parajes testigos de su grandeza y de su poder, es aun mayor el asombro.

«Dejé á la izquierda la selva de Nemea, y llegué á Corinto por una especie de llanura sembrada de montañas aisladas, y semejantes al Arco-Corinto, con el cual se confundían. Descubrimos esta montaña mucho tiempo antes de llegar á ella, como una mole irregular de granito rojo, y coronada su cima con una línea de paredes. La aldea de Corinto está al pié de esta ciudadela.

«Salimos de Corinto á las tres de la mañana. Hay dos caminos que van desde este pueblo á Megara: el uno atraviesa los montes Jeranios, por en medio del istmo, y el otro va costeando el mar Saronico, á lo largo de las rocas Esciro-nias; hay que tomar el primero para pasar la gran guardia turca que está colocada en las fronteras de la Morea. Detúveme en el sitio más estrecho del istmo para contemplar los dos mares, el paraje en que se hacían los juegos, y echar en fin la última mirada al Peloponneso.

«Entramos luego en los montes Jeranios, plantados de abetos, laureles y mirtos, y perdiendo de vista y volviendo á encontrar sucesivamente el mar Saronico y Corinto, llegamos á la cumbre de los montes. Bajamos á donde estaba la gran guardia, enseñe mi firman del bajá de Morea, y el comandante me convidó á fumar una pipa, y á tomar café en su barraca.

«Tres horas después llegamos á Megara, en donde no pregunté por la escuela de los Euclides; mas hubiera preferido descubrir allí los huesos de Focion, ó alguna estatua de Praxíteles y de Escopas; y mientras estaba pensando en que Virgilio, visitando también la Grecia, fue detenido en este sitio por la enfermedad de la cual murió, me vinieron á rogar fuese á visitar á una enferma.

«Los griegos, así como los turcos, suponen que todos los francos tienen conocimiento de medicina, y secretos particulares. La sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, tiene algo de tierno y de interesante, y recuerda las antiguas costumbres: es propiamente una noble confianza del hombre para con el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Yo creo que la religión y la humanidad mandan al viajero en este caso que se preste á lo que esperan de él: un aspecto tranquilo y algunas palabras consoladoras pueden algunas veces dar la vida á un moribundo, y hacer nacer la alegría en toda una familia.

«Vino, pues, un griego á buscarme para que viesse á su hija, y siguiéndole á su vivienda, encontré en ella á una pobre criatura echada en el suelo sobre una estera, y sepuñada bajo unos harapos con los cuales la habían cubierto. Sacó ella su brazo con bastante repugnancia y pudor por debajo de aquellos comprobantes de la miseria, y lo dejó caer moribunda sobre lo que le servía de cubierta. Parecióme que estaba atacada de una fiebre pútrida, é hice descargar su cabeza de las piececitas de plata con que las aldeanas albanesas adornan sus cabellos, pues el peso de las trenzas y del metal concentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba conmigo alcanfor para la peste, y lo parti con la enferma; díjéronme que la habían alimentado con uvas, y yo aprobé el régimen. Por último rogamos á *Christos* y á la *Panagia* (la Virgen), y les prometí una pronta curación, cosa que estaba yo muy lejos de esperar: he visto morir á tantos, que he adquirido en esto una regular experiencia.

«Al salir de la casa, encontré reunida á la puerta toda la gente del pueblo, y las mujeres se echaron sobre mí gritando: ¡*crasi!* ¡*crasi!* ¡vino! ¡vino! de manera que, obligándome á beber, me querían aquellas gentes manifestar su agradecimiento. Esto hacía mi papel de médico bastante ridiculo; pero ¿qué importa, si he añadido en Megara otra persona mas á las que puedan desearme algún bien en las diferentes partes del mundo por donde he pasado? Es un privilegio del viajero el dejar tras sí gratos recuerdos y vivir en el corazón de un extranjero, frecuentemente ¡ah! mucho mas tiempo que en la memoria de sus amigos.

«Pasamos la noche en Megara, y no partimos hasta el día siguiente cerca de las dos de la tarde. Serían ya como las cinco cuando llegamos á una llanura rodeada de montañas hacia el Norte, Poniente y Mediodía; y un brazo de mar largo y estrecho (el estrecho de Salamina) bañaba esta llanura por la parte de Levante, y formaba como la cuerda del arco de las montañas; á la otra parte de este brazo de mar

se encuentran las playas de una isla elevada (Salamina), cuyo extremo oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, y entre las dos puntas se separa un estrecho paso. Como se nos acababa ya el día, resolví detenerme en una aldea (Eléusis) que veíamos sobre una alta colina, la cual terminaba al Poniente cerca del mar el círculo de montañas de que he hablado.

«Distinguianse en la llanura los restos de un acueducto y muchas ruinas esparcidas en medio de una cosecha recién segada; apeámonos al pié del montecillo, y trepamos aquella altura hasta la cabaña mas vecina, en donde nos hospedaron.

«Partimos de Eléusis al amanecer, dimos vuelta al canal de Salamina, y entramos en el desfiladero que pasa por entre el monte Icaro y el monte Coridalo, y va á desembocar á la llanura de Atenas, en el pequeño monte Pecilo. De repente descubrí el Acropolis, presentando en un conjunto confuso los capiteles de las Propileas, las columnas del Partenon y del templo de Erecto, las troneras de una muralla llena de cañones, los restos góticos del siglo de los duques y las casuchas de los musulmanes. Veíanse al Norte de la ciudadela dos pequeñas colinas: la Anquesme y Licabeto, y entre las últimas; y al pié de la primera, se hallaba situada Atenas. Sus techos aplastados y mezclados de minaretes, palmeras, ruinas y columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas en forma de canastos, hacían un efecto agradable á los rayos del sol saliente. Mas si todavía se podía reconocer á Atenas por la vista de algunas ruinas, se veía también por el conjunto de la arquitectura, y por el carácter general de los monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

«Un recinto de montañas que terminan en el mar, forman la llanura ó taza de Atenas. Desde el punto en que yo estaba observando esta llanura hasta el pequeño monte Pecilo, parecía dividida en tres fajas ó regiones, que se extendían en dirección paralela de Norte á Sur. La primera de estas regiones y la mas cercana á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, en el cual acababan de recoger la cosecha; y la tercera era un largo bosque de olivos que venía á formar una curva desde las fuentes del Iliso; y siguiendo el pié de la Anquesme, hasta cerca del puerto de Falero. El Cefiso corre por esta selva, que por su ancianidad, parece descender del olivo que Minerva hizo brotar de la tierra; y el Iliso tiene la madre seca al otro lado de Atenas, entre el monte Himeto y la ciudad.

«La llanura no está perfectamente plana, pues una pequeña cordillera de colinas que salen del monte Himeto, desigualan el nivel, y forman aquellas diferentes alturas sobre las cuales fue colocando Atenas sus preciosos monumentos.

«No es por lo regular en el primer momento de una conmoción muy viva cuando uno goza mas de sus sentimientos. Yo me iba acercando á Atenas con una especie de turbación que me quitaba el poder reflexionar. En breve atravesamos las dos primeras regiones, la inculta y la cultivada, y entramos en el olivar. Bajé por un momento á la madre del Cefiso que entonces iba sin agua, por que en esta estación la detienen los labradores para regar los olivos; y saliendo luego del bosque, nos encontramos con un jardín rodeado de paredes, que con corta diferencia ocupa el mismo sitio en que estuvo el Cerámico. Tardamos todavía media hora en llegar á Atenas; atravesamos un trigal recién segado, y nos vimos á los piés de un muro moderno que circuye la ciudad; entramos en ella, y fuimos siguiendo por unas calles pequeñas, campestres, frescas y aseadas. Cada casa tiene su jardín plantado de naranjos é higueras; el pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenía aquel aire envilecido y yerto de los moraitas. Pregunté por la casa de Mr. Fauvel, y nos la enseñaron cerca del pórtico de Adriano, en las inmediaciones del Pecilo y de la calle de las Tripodes.»

LIBRO DECIMO SESTO.

La cuestión concerniente al Politeísmo, á la religión natural y al Cristianismo es la mas trascendental de cuantas se pueden someter al juicio de los hombres; ella sola daría materia para llenar muchos volúmenes; y yo no podía destinar á ella mas que algunas páginas.

La escena está fundada en dos hechos históricos:

1.º Es verdad que Diocleciano, deliberó durante todo